

I

Cuando el vapor *Irish Oak* zarpó del puerto de Cork en octubre de 1949, esperábamos llegar a la ciudad de Nueva York al cabo de una semana. Pero después de dos días de navegación nos dijeron que íbamos a Montreal, en Canadá. Yo dije al primer oficial que sólo tenía cuarenta dólares y le pregunté si las Líneas Irlandesas me pagarían el billete de tren de Montreal a Nueva York. Él me dijo que no, que la compañía no se responsabilizaba. Me dijo que los cargueros son las putas del mar, que están dispuestos a hacer lo que sea para cualquiera. Se podría decir que un carguero es como el perro viejo de Murphy, que acompañaba a cualquier vagabundo durante un trecho del camino.

Dos días más tarde, las Líneas Irlandesas cambiaron de opinión y nos dieron la buena noticia: «Pongan rumbo a Nueva York», pero dos días después dijeron al capitán: «Pongan rumbo a Albany».

El primer oficial me dijo que Albany era una ciudad que estaba algo lejos, subiendo por el río Hudson, capital del estado de Nueva York. Me dijo que Albany tenía todo el encanto de Limerick, ja, ja, ja, que era un sitio estúpido para morir, pero que no era un sitio donde a nadie le gustaría casarse ni criar a sus hijos. Él era de Dublín y sabía que yo era de Limerick, y cuando se burlaba de Limerick yo no sabía qué hacer. Me hubiera gustado hundirlo con un comentario agudo, pero me miraba al espejo, me veía la cara llena de espinillas, los ojos irritados y los dientes estropeados y me daba cuenta de que jamás podría plantar cara a nadie, y menos a un primer oficial que

llevaba uniforme y que tenía por delante un futuro prometedor como capitán de su propio barco. Después me decía a mí mismo: «Al fin y al cabo, ¿por qué me va a importar lo que diga nadie acerca de Limerick? Allí no he pasado más que miseria.»

Después pasaba aquella cosa especial. Yo me sentaba en una tumbona, bajo el sol encantador de octubre, rodeado por el hermoso Atlántico azul, e intentaba imaginarme cómo sería Nueva York. Intentaba ver la Quinta Avenida o el Central Park o el Greenwich Village, donde todo el mundo parecía una estrella de cine, con bronceados potentes, con dentaduras blancas y relucientes. Pero Limerick me arrastraba al pasado. En vez de pasearme por la Quinta Avenida con el bronceado, con la dentadura, volvía a encontrarme en los callejones de Limerick, con las mujeres que estaban ante las puertas de las casas charlando y ciñéndose los chales sobre los hombros, con los niños que tenían la cara manchada de pan con mermelada, que jugaban y reían y llamaban llorando a sus madres. Veía a la gente en misa el domingo por la mañana, cuando corría un rumor por toda la iglesia cada vez que una persona debilitada por el hambre se desmayaba en el banco y tenían que sacarla al aire libre los hombres que estaban al fondo de la iglesia, quienes decían a todos: «Retírense, retírense, por el amor de Dios, ¿no ven que le falta aire?», y yo quería ser un hombre como ellos y decir a la gente que se retirara, porque aquello te otorgaba el derecho a quedarte fuera hasta que terminaba la misa, y entonces te podías ir a la taberna, y para eso te habías quedado de pie al fondo con todos los demás hombres desde el primer momento. Los hombres que no bebían se arrodillaban siempre en primera fila, junto al altar, para demostrar lo buenos que eran y que no les importaba que las tabernas cerrasen hasta el día del Juicio Final. Se sabían mejor que nadie las respuestas de la misa, y se persignaban, se ponían de pie, se arrodillaban y suspiraban al rezar como si sintieran el dolor de Nuestro Señor más que el resto de los fieles. Algunos habían renunciado por completo a la pinta, y éstos eran los peores, siempre estaban predicando los males de la pinta y despreciando a los que seguían todavía en sus garras, como si ellos fueran por el buen camino del cielo. Se comportaban como si el propio Dios fuera a dar la espalda a un hombre porque éste bebiera pintas, cuando todo el mundo sabía que rara vez se oía a un cura condenar desde el púlpito la pinta ni a los que la bebían. Los hombres que tenían sed se quedaban al fondo, dispuestos a salir por la puerta como rayos en cuanto el cura decía «*Ite missa est*, podéis ir en paz». Se quedaban al fondo porque tenían las bocas secas y porque eran demasiado humildes como para pasar al frente con los sobrios. Yo me quedaba cerca de la

puerta para oír a los hombres que murmuraban comentando lo lenta que era la misa. Iban a misa porque no ir es pecado mortal, aunque cabría preguntarse si no era un pecado más grave decir en broma al vecino que si aquel cura no se daba prisa te ibas a morir de sed allí mismo. Cuando salía a dar el sermón el padre White, se revolvían inquietos y gruñían quejándose de sus sermones, que eran los más lentos del mundo, mientras él levantaba los ojos al cielo y afirmaba que todos estábamos condenados, a no ser que nos reformásemos y nos consagrásemos por entero a la Virgen María. Mi tío Pa Keating hacía reír a los hombres, que se tapaban la boca con la mano, diciéndoles: «Yo me consagraría a la Virgen María si ella me diera una buena pinta de cerveza negra con su espuma». Yo quería estar allí con mi tío Pa Keating, hecho una persona mayor con pantalones largos y quedarme de pie al fondo con los hombres, tener una sed grande y reírme tapándome la boca con la mano.

Yo me quedaba sentado en aquella tumbona y me asomaba al interior de mi cabeza, y me veía a mí mismo recorriendo en bicicleta la ciudad de Limerick y el campo para repartir telegramas. Me veía por la mañana temprano en bicicleta por las carreteras del campo mientras la niebla se despejaba en los campos y las vacas me dirigían algún que otro mugido y los perros me perseguían hasta que yo los ahuyentaba tirándoles piedras. Oía a los niños de pecho que lloraban en las granjas llamando a sus madres y a los granjeros que volvían a llevar las vacas a los prados, a golpes de vara, después del ordeño.

Y me echaba a llorar yo solo sentado en aquella tumbona, rodeado por el hermoso Atlántico, rumbo a Nueva York, la ciudad de mis sueños donde yo tendría el bronceado dorado, la dentadura blanca, deslumbrante. Me preguntaba qué me pasaba, en nombre del cielo, para echar de menos ya a Limerick, la ciudad de las miserias grises, el lugar donde yo había soñado con huir a Nueva York. Oía la advertencia de mi madre: «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.»

En el barco iba a haber catorce pasajeros, pero uno canceló el pasaje y tuvimos que zarpar con un número de mala suerte. La primera noche de navegación, el capitán se puso de pie durante la cena y nos dio la bienvenida. Se rió y dijo que no era supersticioso y que el número de pasajeros no lo inquietaba, pero que dado que había un sacerdote entre nosotros, sería muy bonito que su reverencia rezase una oración para protegernos de todo mal. El cura era un hombrecito rechoncho, nacido en Irlanda, pero que había pasado tanto tiempo en su parroquia de Los Ángeles que ya no le quedaba ningún rastro de acento irlandés. Cuando se levantó para rezar una oración y se

persignó, cuatro pasajeros no movieron las manos de sus regazos y aquello me hizo ver que eran protestantes. Mi madre solía decir que a los protestantes se les conoce a la legua por su aire reservado. El cura pidió a Nuestro Señor que nos acogiese con piedad y con amor, que pasase lo que pasase en aquellos mares procelosos, nosotros estábamos dispuestos a refugiarnos para siempre en Su Seno Divino. Un protestante viejo cogió a su mujer de la mano. Ella sonrió y le hizo un gesto con la cabeza, y él también sonrió como diciendo: «No te preocupes.»

El cura estaba sentado a mi lado en la mesa de la cena. Me susurró que aquellos dos protestantes viejos eran muy ricos, pues se dedicaban a criar caballos de carreras de pura sangre en Kentucky, y que si yo tenía sentido común, debía ser, nunca se sabe, amable con ellos.

Yo quise preguntarle cuál era el modo adecuado de ser amable con los protestantes ricos que crían caballos de carreras, pero no pude por miedo a que el cura me tomara por tonto. Oí que los protestantes decían que la gente de Irlanda era tan encantadora y que sus hijos eran tan adorables, que casi no se notaba lo pobres que eran. Yo sabía que si llegaba a hablar alguna vez con los protestantes ricos tendría que sonreír y enseñar mis dientes estropeados, y allí acabaría todo. En cuanto ganara algo de dinero en América tendría que ir corriendo a un dentista para que me arreglase la sonrisa. En las revistas y en las películas se veía que la sonrisa te abría las puertas y hacía que las chicas corriesen tras de ti, y si yo no tenía la sonrisa más me valía volverme a Limerick y buscarme un empleo para clasificar correspondencia en una habitación oscura y apartada de Correos, donde a nadie le importaba si tenías dientes o si no tenías ni uno solo.

Antes de la hora de acostarse, el camarero sirvió té y galletas en el salón. El cura dijo:

—Yo me tomaré un whiskey escocés doble, déjate de té, Michael, el whiskey me ayuda a dormir.

Se bebió su whiskey y volvió a susurrarme:

—¿Has hablado con los ricos de Kentucky?

—No.

—Maldita sea. ¿Qué te pasa? ¿Es que no quieres salir adelante en el mundo?

—Sí que quiero.

—Bueno, entonces ¿por qué no hablas con los ricos de Kentucky? A lo mejor les caes bien y te ofrecen un empleo de mozo de cuadra o algo así, y podrías ir ascendiendo en vez de ir a Nueva York, que es una enorme oca-

sión de pecado, una cloaca de depravación donde el católico tiene que luchar día y noche para mantener la fe. Entonces, ¿por qué no puedes hablar con esa gente tan agradable de Kentucky para llegar a ser alguien?

Siempre que sacaba el tema de los ricos de Kentucky me susurraba y yo no sabía qué decir. Si hubiera estado allí mi hermano Malachy, habría abordado directamente a los ricos, los habría cautivado, y lo más fácil es que lo hubiesen adoptado y que le hubiesen dejado sus millones, además de los establos, los caballos de carreras, una casa grande y las criadas para que la limpiasen. Yo no había hablado con ricos en mi vida salvo para decirles: «Un telegrama, señora», y entonces me decían: «Ve por la puerta de servicio, ésta es la puerta principal, ¿es que no lo sabes?»

Eso quería decir yo al cura, pero tampoco sabía hablar con él. Lo único que yo sabía de los curas era que decían la misa y todo lo demás en latín, que escuchaban mis pecados en inglés y me perdonaban en latín en nombre de Nuestro Señor en persona, que es Dios, al fin y al cabo. Debe de ser raro ser cura y despertarse por la mañana y saber, allí acostado en la cama, que tienes el poder de perdonar a la gente o de no perdonarla, según estés de humor. Cuando sabes latín y perdonas los pecados te vuelves poderoso y es difícil hablar contigo, porque conoces los secretos oscuros del mundo. Hablar con un cura es como hablar con Dios en persona, y si dices lo que no debes, estás condenado.

En aquel barco no había ni un alma que fuese capaz de explicarme el modo de hablar con los protestantes ricos y con los curas exigentes. Mi tío Pa Keating, marido de mi tía, podría habérmelo dicho, pero él estaba en Limerick, y allí no le importaba nada un pedo de violinista. Yo sabía que si él estuviera allí se habría negado tajantemente a hablar con los ricos, y además habría dicho al cura que le besara el real culo irlandés. Así me gustaría ser a mí, pero cuando tienes destrozados los dientes y los ojos no sabes nunca qué decir ni cómo comportarte.

En la biblioteca del barco había un libro titulado *Crimen y castigo*, yo creí que podría ser una buena novela policíaca a pesar de que estaba llena de nombres rusos enrevesados. Intenté leerlo, sentado en una tumbona, pero el argumento me hacía sentirme raro, trataba de un estudiante ruso, Raskolnikov, que mata a una vieja, una usurera, y después intenta convencerse a sí mismo de que tiene derecho al dinero porque ella es inútil para el mundo y con su dinero él podría pagarse la universidad, para poder llegar a ser abogado y dedicarse a defender a la gente como él, que mata a las viejas por su dinero. Me hacía sentirme raro por lo que había pasado aquella vez, en Líme-

rick, cuando yo trabajaba escribiendo cartas amenazadoras para una vieja usurera, la señora Finucane, y cuando ésta se murió en un sillón yo cogí algo de su dinero para pagar una parte de mi pasaje a América. Sabía que no había matado a la señora Finucane, pero le había cogido el dinero, y yo era por ello casi tan malo como Raskolnikov, y si me moría en ese momento sería el primero con quien me encontraría en el infierno. Podría salvar mi alma confesándome con el cura, y aunque debe olvidarse de tus pecados en cuanto te da la absolución, tendría un ascendiente sobre mí y me miraría de un modo raro y me diría que fuese a cautivar a los protestantes ricos de Kentucky.

Me quedé dormido leyendo el libro y un marinero, un mozo de cubierta, me despertó para decirme:

—Se le está mojando el libro con la lluvia, señor.

Señor. Yo, que había salido de un callejón de Limerick, y un hombre de pelo gris me llamaba señor, aunque ni siquiera debía dirigirme la palabra según el reglamento. El primer oficial me había dicho que a un marinero raso no se le permitía nunca hablar con los pasajeros, salvo para decirles buenos días o buenas noches. Me había contado que aquel marinero concreto del pelo gris había sido oficial a bordo del *Queen Elizabeth*, pero lo habían despedido porque lo habían pillado con una pasajera de primera clase en la cabina de ella, y lo que estaban haciendo era causa de confesión. Aquel hombre se llamaba Owen y tenía la particularidad de que pasaba todo su tiempo libre leyendo en un camarote, y cuando el barco hacía escala él bajaba a tierra con un libro y se ponía a leer en un café mientras el resto de la tripulación se emborrachaba perdidamente y había que llevarlos a rastras al barco en taxis. Nuestro capitán lo respetaba tanto, que lo invitaba a pasar a su cabina, y allí tomaban té y hablaban de los tiempos en que habían prestado servicio juntos en un destructor inglés que fue torpedeado, y los dos estuvieron juntos agarrados a una balsa en el Atlántico, flotando a la deriva y helándose y charlando, hablando de cuándo volverían a Irlanda y se tomarían una buena pinta y un montón de panceta y repollo.

Owen me habló al día siguiente. Me dijo que ya sabía que estaba quebrantando el reglamento pero que no podía evitar hablar con cualquier persona a bordo del barco que estuviera leyendo *Crimen y castigo*. Entre la tripulación había gente que leía mucho, desde luego, pero no pasaban de Edgar Wallace o de Zane Grey, y él daría cualquier cosa por poder charlar con alguien de Dostoievski. Me preguntó si había leído *Los poseídos* o *Los hermanos Karamazov*, y se entristeció cuando le dije que no había oído hablar nunca de ellos. Me dijo que en cuanto llegase a Nueva York debía entrar corriendo en

una librería y comprarme libros de Dostoievski, y así no volvería a estar solo nunca más. Me dijo que fuera cual fuera el libro de Dostoievski que uno leía, siempre te daba algo que rumiar, y que como inversión era insuperable. Eso fue lo que me dijo Owen, aunque yo no tenía ni idea de qué me estaba hablando.

Entonces apareció el cura en cubierta y Owen se apartó de mí.

—¿Estabas hablando con ese hombre? —me dijo el cura—. Veo que sí. Bueno, pues te digo que no es una buena compañía. Te das cuenta, ¿no? He oído todo lo que cuentan de él, con el pelo gris y fregando cubiertas a su edad. Me extraña que seas capaz de hablar con mozos de cubierta sin moral, pero que si te pido que vayas a hablar con los protestantes ricos de Kentucky, no encuentres un rato.

—Sólo estábamos hablando de Dostoievski.

—De Dostoievski, nada menos. Sí que te va a servir eso de mucho en Nueva York. No vas a ver muchos anuncios de oferta de empleo en los que pidan conocimientos acerca de Dostoievski. No consigo que hables con los ricos de Kentucky, pero te pasas las horas muertas aquí sentado charlando con los marineros. No te trates con los marineros viejos. Ya sabes cómo son. Habla con la gente que te pueda hacer algún bien. Lee las vidas de los santos.

A lo largo del río Hudson, en la orilla de Nueva Jersey, había centenares de barcos amarrados muy juntos. Owen, el marinero, dijo que eran los barcos de la Libertad que habían llevado provisiones a Europa durante la guerra y después de ella, y que era triste pensar que cualquier día se los llevarían para desgazarlos en los astilleros. Pero así es el mundo, dijo, y un barco no dura más que el gemido de una puta.